

ROBERT MASELLO
LA CRUZ DE LOS
ROMANOV

algaida
INTEI

Título original: *The Romanov Cross*

This translation published by arrangement with Bantam Books, an imprint of The Random House Publishing Group, a division of Random House, Inc.

Primera edición: 2014

© 2013, Robert Masello

© Traducción: Valentina Reyes, 2014

© de esta edición: Algaida Editores, 2014

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

Composición: REGA

ISBN: 978-84-9877-981-3

D. L.: SE-256-2014

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

Prólogo	13
---------------	----

PRIMERA PARTE

Capítulo 1	21
Capítulo 2	34
Capítulo 3	46
Capítulo 4	58
Capítulo 5	69
Capítulo 6	77
Capítulo 7	85
Capítulo 8	98
Capítulo 9	108
Capítulo 10	119
Capítulo 11	129

SEGUNDA PARTE

Capítulo 12	137
Capítulo 13	145
Capítulo 14	157
Capítulo 15	167

Capítulo 16.....	179
Capítulo 17.....	194
Capítulo 18.....	200
Capítulo 19.....	211
Capítulo 20.....	220
Capítulo 21.....	232
Capítulo 22.....	236
Capítulo 23.....	248
Capítulo 24.....	255
Capítulo 25.....	262
Capítulo 26.....	270
Capítulo 27.....	275
Capítulo 28.....	282
Capítulo 29.....	293
Capítulo 30.....	313
Capítulo 31.....	329
Capítulo 32.....	338
Capítulo 33.....	343
Capítulo 34.....	347
Capítulo 35.....	362
Capítulo 36.....	372

TERCERA PARTE

Capítulo 37.....	379
Capítulo 38.....	386
Capítulo 39.....	395
Capítulo 40.....	406
Capítulo 41.....	412
Capítulo 42.....	420
Capítulo 43.....	428
Capítulo 44.....	435

Capítulo 45.....	443
Capítulo 46.....	448
Capítulo 47.....	452
Capítulo 48.....	458
Capítulo 49.....	465
Capítulo 50.....	473
Capítulo 51.....	487
Capítulo 52.....	493
Capítulo 53.....	502
Capítulo 54.....	508
Capítulo 55.....	520
Capítulo 56.....	525
Capítulo 57.....	530
Capítulo 58.....	536
Capítulo 59.....	545
Capítulo 60.....	552

CUARTA PARTE

Capítulo 61.....	561
Capítulo 62.....	569
Capítulo 63.....	575
Capítulo 64.....	583
Capítulo 65.....	589
Capítulo 66.....	602
Capítulo 67.....	607
Capítulo 68.....	611
Capítulo 69.....	629
Nota final.....	645

*Para mi primo Chuck... que sabe
explicarme casi cualquier problema.
Con mi más profunda gratitud*

PRÓLOGO

Estrecho de Bering, 1918

—**S**ERGEI, NO TE MUERAS —DIJO LA MUCHACHA AL tiempo que miraba hacia atrás en la barca—. Te prohíbo que te mueras.

Había esperado, en vano, que no le temblara la voz.

Cuando trató de tocarlo, Sergei se apartó sin dejar de agarrar la caña del timón con los dedos blanquísimos.

—¡No, no! —exclamó, y se echó hacia atrás con gesto de horror—. No me toquéis. —Tenía los ojos desorbitados y la incipiente barba de sus jóvenes mejillas, salpicada de sangre y espuma—. Debéis navegar hasta allí. —Con un tembloroso índice señaló por encima de la proa del bote—. ¡Allí!

Un peón de granja, apenas pocos años mayor que Ana —la testaruda adolescente cuya única responsabilidad hasta ahora había sido, a lo sumo, elegir un vestido—, le exigía que diera media vuelta e hiciera lo que él le ordenaba.

De mala gana, la muchacha se volvió a mirar mientras la vela hecha jirones restallaba sobre su cabeza; a lo lejos, más allá de una nube de niebla, vio la borrosa silueta de una isla oscura e imponente que se alzaba en el mar. Desde la barca parecía un

puño apretado, ceñido por una pulsera de un gris neblinoso. Ana jamás había visto nada tan poco acogedor.

—Buscad las hogueras —dijo él con voz ronca—. Encenderán hogueras.

—Pero yo no sé gobernar la barca sola. Tienes que hacerlo tú.

Sergei meneó la cabeza y tosió tan fuerte que la sangre le corrió entre los dedos. Con los ojos vidriosos, se miró la manchada mano y susurró:

—Que Dios os proteja, *malenkaya*.

Y, con la misma tranquilidad de quien se diera la vuelta en la cama, pasó por encima del costado de la barca y cayó a las heladas aguas del estrecho.

—¡Sergei! —gritó ella, al tiempo que se precipitaba hacia la popa, tan bruscamente que estuvo a punto de hacer volcar el bote.

Pero Sergei ya no estaba: se alejaba flotando con su gabán de piel de foca hinchado en torno a él como las desplegadas alas de un murciélago. Durante unos segundos se mecía en la superficie, surcando las olas hasta que el peso de su cuerpo, de sus botas y de su ropa lo arrastró hacia abajo. Lo único que quedó sobre el agua fue una marchita y helada flor de aciano.

Al verla, la muchacha sintió ganas de llorar.

Estaba sola en la barca, sola en el mundo, y la caña del timón ya daba violentos bandazos de un lado a otro, con un chirriar más fuerte que el de las gaviotas que entraban y salían en picado de la niebla. El hueco de su corazón, aquel lugar donde Ana ya había almacenado tantas muertes, ahora tendría que hacerle sitio a la de Sergei también.

¿Cuántas más iba a tener que guardar allí?

Tras trepar gateando por la bancada cubierta de hielo, con el mojado abrigo de pieles que pesaba como una armadu-

ra, Ana se sentó en el pequeño asiento de madera de la popa. Incluso con la capucha bien bajada el viento le arrojaba a la cara aguanieve y espuma, pero al menos esas ráfagas la conducían hacia la isla. Tenía los guantes tiesos como carámbanos, y le costó mucho pasarse el cabo de la vela alrededor de una muñeca, como le había visto hacer a Sergei, y agarrar fuerte con la otra la caña del timón. La barca se abría paso entre las olas, subiendo y bajando, subiendo y bajando. De pronto la niebla la rodeó como una mortaja y la muchacha, que estaba tan agotada, tenía tanto frío y tanta hambre, se sumió en una especie de estupor.

Sus pensamientos vagaron hasta Tsarskoe Selo, el íntimo enclave de las afueras de San Petersburgo donde cultivaba sus propias rosas, y a la fiesta de cumpleaños que sus padres le habían dado allí cuando cumplió quince años. Sólo hacía dos de aquello: era otra época, antes de que su vida se transformara de sueño en pesadilla. Ahora parecía algo que debía de haber imaginado, un fruto de su fantasía. Pensó en su hermana, que le había regalado un libro de poemas de su autor preferido, Pushkin, y en su hermanito sentado en su poni mientras Nagorni, el rudo marinero que era su fiel ayudante, le sostenía las riendas.

Su padre, vestido con uniforme militar, estaba de pie, muy erguido, en la terraza, dándole la mano a su madre.

Una ola le dio de lleno en la cara, y el agua helada le corrió por el cuello y se le metió por dentro del abrigo. Ana se estremeció mientras la caña amenazaba con escurrírsele de la mano y la cuerda atada a la vela se le hincaba en la muñeca como un torniquete. Tenía las botas cubiertas de hielo, y el pie enfermo ya había perdido la sensibilidad.

Pero la muchacha también recordaba, altísimo y justo detrás de su madre, al monje de los ojos sombríos y la larga y en-

marañada barba. La enjoyada cruz que tenía sobre la sotana la llevaba ella puesta ahora, bajo los corsés y el abrigo; como le prometiera el monje, la había protegido de muchas cosas, aunque ya dudaba de que ni siquiera la cruz consiguiese salvarla.

A medida que se acercaba a la orilla el bote se puso a corcovar como un caballo que tratara de derribar a su jinete, y Ana tuvo que agarrarse bien a la popa. La nieve medio derretida que había dentro del casco tenía varios centímetros de profundidad y pasaba de acá para allá sobre lo que quedaba de sus congeladas provisiones.

Si no llegaba a tierra esta noche, sin duda seguiría al pobre Sergei hasta aquel mar glacial. Las gaviotas y las águilas pescadoras describían círculos en el cielo color peltre, mofándose de ella con sus gritos.

Ana tiró de la vela y la barca se inclinó, cortando las aguas. Ya estaba tan cerca que veía un revuelto montón de rocas redondeadas esparcidas por la playa y, justo más allá, el denso muro de un bosque nevado. Pero ¿dónde estaban las hogueras que Sergei le había prometido? Con el dorso de la manga se limpió el agua de los ojos; siempre había sido corta de vista, aunque era demasiado presumida como para ponerse unas gafas. En cierta ocasión el doctor Botkin le había ofrecido un par en la casa de las ventanas encaladas, la casa donde...

No, no podía pensar en aquello. Tenía que evitar que sus pensamientos fueran hasta allí... en particular ahora, cuando de nuevo su vida parecía pender de un hilo.

Un águila pescadora pasó como un rayo por encima de la proa del bote, y luego volvió por delante del mástil, que no dejaba de crujir; mientras la seguía con la mirada, Ana vio un parpadeante resplandor, una antorcha alta como un árbol, encendida en los acantilados que tenía delante.

Y luego, tras entornar mucho los ojos, vio otra.

El corazón le dio un vuelco de esperanza en el pecho.

Se oyó un chirrido cuando la rompiente arrastró la base de la barca por un fondo de afiladas rocas y conchas. La muchacha aflojó el agarrón con que sostenía la cuerda, y la vela se volvió a un lado, con un chasquido fuerte como un disparo. Ana se aferró a la caña con las heladas manos mientras la barca chocaba y giraba en la arena y la grava mojadas hasta quedar allí metida, al tiempo que la marea volvía a retroceder con ímpetu.

Apenas podía moverse, pero sabía que, si titubeaba, tal vez la siguiente ola tirara de ella otra vez mar adentro. Ahora que aún conservaba una última brizna de energía, tenía que obligarse a gatear hasta la parte delantera de la barca y poner el pie en la isla.

Se levantó con movimientos inseguros, con el pie izquierdo entumecido como un poste, y a duras penas pasó por encima de las bancadas, mientras el bote cabeceaba y crujía debajo de ella. En ese momento creyó oír el metálico estruendo de una campana, un sonido grave y retumbante que reverberaba en las rocas y en los árboles. Ana se llevó la mano un instante al lugar del pecho donde estaba la cruz y murmuró una oración de gracias a san Pedro por librarla del mal.

Y después, casi cayéndose, saltó al agua, que se le metió rápidamente por encima de las botas, y fue tambaleándose hasta la playa. Los pies le resbalaban y tropezaban en las húmedas piedras, pero Ana aún avanzó paso a paso unos cuantos metros por la arena antes de permitirse caer de rodillas. Tenía la cabeza agachada, como si aguardara el golpe de un hacha, y sólo podía respirar con entrecortados jadeos. Lo único que oía era el crujir del hielo en el pelo. Pero estaba viva, y eso era lo que importaba. Había sobrevivido a la caminata por la tundra helada, a la travesía en mar abierto... y a los horrores de la casa de

las ventanas encaladas. Había logrado llegar a un nuevo continente, y cuando miró la playa, a la luz del crepúsculo vio unas formas oscuras que corrían hacia ella.

Sí, acudían a rescatarla. Sergei le había dicho la verdad.

Si hubiera tenido fuerzas, los habría llamado a gritos, o les habría hecho señas con un brazo. Pero ya no se sentía los miembros, y los dientes le castañeteaban en el cráneo.

Las siluetas se acercaban tan rápido y corrían tan bajas que la muchacha apenas daba crédito a sus ojos.

Y entonces sintió que un frío todavía mayor le oprimía el corazón al darse cuenta de lo que en realidad eran aquellas formas que corrían.

Se dio la vuelta deprisa hacia el bote, pero éste ya se había soltado y desaparecía en la niebla.

¿Había llegado hasta tan lejos... para esto?

Pero estaba demasiado agotada; el frío y la desesperación la habían paralizado demasiado como para que intentara salvarse siquiera.

Aterrada, clavó la vista en la playa mientras, con las paletillas subiendo y bajando y los anaranjados ojos centelleando a la luz del atardecer, la manada de voraces lobos negros galopaba hacia ella por las rocas y la arena.

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO 1

Jan Neshin

Provincia de Helmand, Afganistán. 10 de julio de 2011

—¿TODOS EN ORDEN, COMANDANTE?
Slater sabía el aspecto que tenía, y sabía por qué el sargento Groves se lo preguntaba. Aquella mañana se había tomado un puñado de pastillas, pero la fiebre había vuelto. Alargó una mano para sujetarse al capó del *jeep*, pero volvió a quitarla precipitadamente. El metal estaba caliente como un horno.

—De ésta no me muero —respondió, al tiempo que se frotaba las puntas de los dedos en los pantalones de camuflaje.

Esa mañana había ido a los barracones de los marines para ver cómo se llevaban en helicóptero a otros dos hombres, ambos a las puertas de la muerte; no estaba seguro de que lo-
graran sobrevivir. Pese a todas las precauciones habituales, la malaria, que él también había contraído hacía un año en una misión en Darfur, había diezmando el campamento. Como médico del Ejército estadounidense y epidemiólogo de campo, habían enviado al comandante Frank Slater para averiguar qué más podía hacerse..., y rápido.

Los arrozales que miraba ahora eran un perfecto caldo de cultivo para aquellos mortíferos mosquitos, y la base militar se había construido no sólo demasiado cerca, sino también justo en la dirección del viento. Por la noche, cuando les gustaba alimentarse, enjambres de mosquitos se alzaban de los arrozales e invadían en masa los barracones, la cantina y las torres de vigilancia. Una vez, en el valle del Éufrates, Slater había visto levantarse en el cielo una nube de bichos tan densa y tan alta que la había confundido con una tormenta que se aproximaba.

—Bueno, ¿por dónde quiere tirar? —preguntó el sargento Groves. Era un hombre de color, tan duro e inflexible como las calles de Cleveland de donde procedía («Cuando me marché, lo único que hacíamos allí era criar carámbanos», le había dicho una vez a Slater), y siempre hablaba de forma decidida y concisa—. ¿Rociar la ciénaga o trasladar la base?

Eso mismo estaba planteándose Slater cuando lo distrajo una pareja de viajeros, una niña de unos nueve o diez años y su padre, que atravesaban trabajosamente el arrozal con una mula muy cargada. En Afganistán casi todo el mundo se veía expuesto a la malaria; era tan corriente como la gripe en el resto del planeta, y con el paso de las generaciones la gente o bien se moría o bien desarrollaba una rudimentaria inmunidad. Con frecuencia se ponían enfermos, pero habían aprendido a vivir con ella.

A los jóvenes norteamericanos, en cambio, recién llegados de las granjas de Wisconsin y las ciudades montañosas de Colorado, no les iba tan bien.

La niña conducía la mula mientras que su padre sujetaba los enormes cestos de grano puestos a ambos lados del escuálido lomo del animal.

—Ya voy yo —dijo el soldado Diaz, al tiempo que salía del asiento del conductor del *jeep*.

Ya llevaba el M4 sujeto entre las manos. Una cosa que los soldados aprendían rápido en Oriente Medio era que hasta la imagen más inofensiva podía ser lo último que vieran. Los cestos llevaban explosivos. Las mulas eran bombas de relojería. Hasta a los niños los empleaban como reclamo, o los sacrificaban directamente los yihadistas. En una misión anterior Slater había tenido que revisar los escombros de una escuela de niñas de la provincia de Kandahar después de que un talibán, que trabajaba infiltrado como celador, se metiera en el aula con una motocicleta cargada de explosivos.

«*Allahu Akbar!*», había gritado el conserje, jubiloso, «¡Dios es grande!», justo antes de mandarlos volando a todos al otro mundo.

Hacía diez años que Slater veía la muerte, de una forma u otra, casi a diario, pero aún no estaba seguro de qué era peor, si el que todavía lo conmocionara o el que la mayoría de los días no lo hiciera. Con frecuencia se preguntaba hasta qué extremo podía un hombre dejar que se le endureciera el corazón. Qué dureza debía de tener.

Ahora la niña se volvió para mirarlo con sus grandes ojos oscuros bajo el pañuelo, mientras sacaba la mula del arrozal y la subía al dique de tierra. El padre vareaba las ancas del animal con una caña hueca. El soldado, con el fusil echado hacia delante, les ordenó que se detuvieran. Hablaba un árabe bastante básico, pero el gesto de la mano y el arma cargada facilitaban que lo entendiese todo el mundo.

Slater y Groves, su mano derecha en todas las misiones que había emprendido desde Irak a Somalia, se quedaron observando mientras el soldado Diaz se acercaba a ellos.

—Abran los cestos —dijo, haciendo un movimiento con una mano para indicar lo que quería.

El padre le dio una orden a su hija, que le quitó la tapa a un cesto y esperó mientras el soldado escudriñaba dentro.

—El otro también —dijo Diaz, rodeando la cabeza gacha de la mula.

La niña obedeció, de pie junto al cesto, mientras Diaz hundía la boca del arma en el grano.

Y justo cuando Slater estaba a punto de ordenarle que los dejara seguir su camino —¿ésas eran maneras de ganarse las mentes y los corazones?—, una cinta de vivo color verde tornasolado salió disparada del cesto, rápida como un rayo, y golpeó a la niña en la cara. La niña se cayó como si le dieran un mazo y empezó a retorcerse en el suelo, y el soldado retrocedió de un salto, sorprendido.

—¡Por Dios! —repetía una y otra vez, sin dejar de apuntar en vano con el fusil al agitado cuerpo de la chiquilla—. ¡Es una víbora!

Pero Slater ya lo sabía, y mientras el padre daba alaridos, aterrado, él acudía ya corriendo al lado de la pequeña. La serpiente aún tenía los colmillos enterrados en la mejilla, segregando su veneno y agitando la cola con violencia. Slater desenvainó el cuchillo de campaña —un cuchillo que solía utilizar para cortar muestras de tejido de los cadáveres de enfermos— y con la otra mano intentó agarrar la cola de la víbora. Dos veces sintió cómo su áspera y jaspeada superficie, fuerte como un tubo de acero, se le escurría de los dedos, pero al tercer intento la cogió bien y logró partirle las vértebras. La mitad de la serpiente se separó echando sangre, pero la cabeza siguió clavada en su mordedura mortal.

La niña tenía los ojos cerrados y sus miembros se agitaban sin cesar; sólo cuando Groves empleó sus anchas manos para sujetarla pudo Slater apretar la parte posterior de la cabeza de la moribunda víbora y soltarle los colmillos. La lengua de la serpiente se movía rápida como un látigo, pero la amarilla

luz de sus ojos fue apagándose. Slater apretó más fuerte hasta que el movimiento de la lengua se hizo más lento y los ojos perdieron el brillo por completo. Tiró el animal muerto al dique y Diaz, por si acaso, lanzó una ráfaga de disparos de fusil que fue empujando sus anillos hasta el agua turbia.

—¡Tráeme el botiquín! —pidió a voces Slater.

Diaz corrió hacia el *jeep*.

Groves, fornido como un zaguero de *rugby*, pero tierno como una enfermera, estaba agachado junto a la niña, examinándole la herida. Tenía dos largos tajos en la mejilla y manchas sanguinolentas en la morena piel. El veneno, uno de los más potentes del reino animal, ya corría por sus venas.

El padre, lamentándose y rezando en voz alta, se balanceaba sobre los pies calzados con sandalias. Hasta la mula relinchaba con muda alarma.

Diaz le pasó el botiquín ya abierto a Slater. Éste fue cumpliendo todos los pasos necesarios con el piloto automático: se ocupó de administrarle a la niña el anticoagulante e hizo todo lo posible por estabilizarla, aunque sabía que sólo el contraveneno, que últimamente escaseaba, podía salvarle la vida.

Y eso si se usaba en el plazo máximo de una hora.

—Trinca el helicóptero que esté más cerca —le dijo a Diaz—. Tenemos que llevar a esta niña al centro médico.

Pero el soldado vaciló.

—Sin ánimo de ofender, señor, pero las órdenes son que las misiones médicas sólo son para bajas militares. No vendrán por un civil.

Groves echó una ojeada a Slater con gesto apesadumbrado y dijo:

—Tiene razón. Desde que derribaron ese helicóptero hace tres días las órdenes son tajantes. Las misiones para servicios de urgencias médicas no se permiten.

Slater los oía, pero al mismo tiempo se preguntaba si de verdad estaban dispuestos a cruzarse de brazos y dejar que la niña muriera. El padre gritaba las pocas palabras que sabía en inglés: *Help! U. S. A.! Please, help!* Arrodillado en el polvo, no paraba de retorcer su gorro de punto entre las manos.

El pequeño corazón de la niña latía como un martillo pilón y sus extremidades sufrían convulsiones; Slater sabía que cualquier retraso decidiría el destino de la pequeña para siempre. En alguien de su tamaño y su peso, a quien se le había inoculado toda una dosis del veneno de una víbora del desierto —y Slater conocía estas serpientes lo bastante como para saber que ésta era un ejemplar adulto—, los glóbulos sanguíneos no tardarían en deshacerse.

—Mantenedla lo más quieta que podáis —les dijo a Groves y a Diaz; luego volvió corriendo al *jeep*, cogió el micrófono de la radio y llamó al puesto central—. ¡Baja de marine! —gritó—. Picadura de víbora. ¡Precisa evacuación inmediata, repito, inmediata!

Vio que Groves y el soldado se miraban.

—¿Coordenadas? —preguntó, entre un crepitar de interferencias, una voz en la radio.

¿Las coordenadas? Con la sangre zumbándole en la cabeza por la fiebre, Slater trató torpemente de reconstruirlas.

—Estamos a dos pasos del puesto avanzado de Jan Neshin —contestó, concentrándose todo lo que podía—, justo al suroeste de los arrozales.

De repente Groves apareció a su lado y le arrebató el micrófono de las manos; pero en lugar de cancelar las órdenes del comandante, dio la situación exacta.

—Diles que terminen el reparto de víveres después —gritó—. ¡Necesitamos ese helicóptero aquí enseguida! ¡Y dile al centro médico que preparen todo el contraveneno que tengan!

Con las piernas temblorosas, Slater se puso en cuclillas a la sombra del *jeep*.

—No tenías por qué meterte en esto —dijo cuando Groves hubo cerrado la comunicación—. Ya me llevaré el palo yo.

—No se preocupe —repuso Groves—. Habrá mucho para repartir.

Durante la media hora siguiente Slater mantuvo a la niña todo lo tranquila que pudo —cuanto más se agitara, más rápido correría el veneno por su organismo—, mientras que el sargento y el soldado no quitaban ojo de los campos vecinos. Los combatientes talibanes acudían a los problemas como los tiburones a la sangre, y si sospechaban que iba a llegar un helicóptero, se pondrían a rebuscar en sus reservas un último misil Stinger. Slater tampoco quería volver al puesto avanzado a pedir apoyo; alguien podría ver lo que pasaba de verdad y cancelar la misión.

—¡Lo oigo! —dijo Groves de pronto, mirando hacia una elevación de lomas bajas, cubiertas de maleza.

Slater también lo oía. El sordo ronroneo de los rotores precedió sólo unos segundos a la imagen del Black Hawk elevándose sobre los cerros. Después de hacer una rápida vuelta de reconocimiento, el piloto aterrizó a una docena de metros del *jeep*, con las palas girando aún y el motor en movimiento. La portezuela lateral se abrió, y dos soldados rasos con una camilla salieron de un salto a la nube de tierra.

—¿Dónde? —gritó uno, al tiempo que se limpiaba de las gafas protectoras la tierra arremolinada.

Díaz señaló la niña que yacía en el dique entre Slater y el sargento.

Los dos soldados se pararon en seco, y por encima del fuerte estruendo del helicóptero al ralentí, uno gritó:

—¿Un civil?

El otro dijo:

—¡Sólo víctimas de combate! Órdenes estrictas.

—Exacto —intervino Slater, dándose un golpecito en el puñado de hojas de roble de comandante que lucía en la camisa—, ¡y aquí las doy yo! ¡Esta niña va a ir al centro médico, y va a ir ahora mismo!

El primer soldado vaciló, indeciso aún, pero el segundo puso su extremo de la camilla en el suelo, a los pies de la pequeña.

—Tengo una hija allá en casa —dijo entre dientes mientras la envolvía en una manta de camuflaje; luego ayudó a Groves a ponerla sobre la lona.

—Yo asumo toda la responsabilidad —afirmó Slater—. ¡Vámonos!

Pero cuando el padre de la niña intentó subirse al helicóptero, el piloto meneó la cabeza con energía e hizo un gesto con la mano.

—¡De eso nada! —gritó—. Ya llevamos demasiado peso.

Slater tuvo que apartar al hombre de un empujón; no había tiempo para explicaciones.

—¡Dile lo que pasa! —le gritó al sargento.

El padre chillaba y lloraba —Diaz intentaba contenerlo— cuando Slater cerró la portezuela y golpeó la parte posterior del asiento del piloto.

—¡Vale, vamos, vamos, vamos!

Para evitar posibles disparos, el helicóptero se inclinó muchísimo hacia un lado al despegar y luego se alejó en zigzag de los arrozales; estas regiones de regadío, llamadas *la zona verde*, eran uno de los terrenos más peligrosos de Afganistán, refugio de francotiradores e insurgentes. Slater oyó un rápido repiqueteo metálico en la parte inferior del Black Hawk, un sonido como el chasquear de las teclas de una máquina de es-

cribir, y supo que al menos un combatiente talibán había conseguido soltar unas cuantas balas. El helicóptero voló más alto, elevándose sobre las áridas colinas rojas donde había oxidados armazones de transportes militares soviéticos medio enterrados en la tierra y la arena. Ahora sólo era una carrera contrarreloj. La cara de la niña estaba hinchada como si tuviese paperas, y Slater le puso la mascarilla de oxígeno lo más suavemente que pudo. Sus orejas eran como pequeñas conchas perfectas, pensó, mientras le pasaba las cintas elásticas por la parte posterior de la cabeza. Ella no se daba cuenta de lo que estaban haciéndole, ni de dónde se encontraba. El dolor y el estado de *shock* la hacían delirar, y también la adrenalina natural que su cuerpo, instintivamente, le bombeaba sin cesar en las venas.

Los soldados no se acercaron; sujetos a los asientos con los cinturones de seguridad junto a los palés de víveres que habían estado repartiendo, miraban en silencio mientras el comandante Slater la atendía. El de la hija parecía estar rezando en voz baja. Pero ahora esta niña afgana era problema de Slater, y todos lo sabían.

Para cuando el helicóptero salvó el muro exterior del centro médico y aterrizó, los párpados de la pequeña se habían cerrado; al levantárselos, Slater sólo le veía el blanco de los ojos. Sus miembros estaban bastante quietos; sólo de vez en cuando los sacudían unos súbitos paroxismos, como si la atravesaran rápidas descargas de electricidad. Slater sabía que aquellos síntomas no eran buenos. Habría sido distinto de haber tenido el contraveneno encima en el campo, pero era material costoso, escaseaba y se deterioraba rápido si no se conservaba refrigerado.

Parte del personal del centro médico se quedó sorprendido al ver el nuevo ingreso —una niña de la zona, cuando esperaban un marine—, pero Slater dio sus órdenes con tal con-

vicción que no se perdió ni un segundo. Cubierto de tierra y sudor, con los dedos manchados de sangre de serpiente, seguía agarrando la flácida mano de la pequeña mientras la metían en el quirófano, donde el equipo de urgencias estaba preparado con los goteros.

—Cuidado al ponerlos —advirtió Slater—. Los puntos de entrada van a filtrarse del veneno.

—Comandante —repuso el cirujano con tranquilidad—, sabemos lo que hacemos. Ya nos encargamos nosotros.

Pero cuando Slater intentó soltarse, los dedos de la niña le apretaron débilmente los suyos. Quizá pensara que era su padre.

—Aguanta, chiquitina —dijo Slater bajito, aunque dudó de que lo escuchara, o lo entendiera—. No te rindas.

Logró soltar los dedos y una enfermera lo apartó rápidamente para llegar a la herida y esterilizar el campo. El cirujano cogió una jeringuilla llena del contraveneno, la levantó a contraluz y sacó el aire del émbolo.

Sabiendo que ya no hacía sino estorbar, Slater salió y observó por el vidrio de la puerta batiente. El médico y dos enfermeras realizaban su labor con metódica precisión y rapidez. Pero Slater se temió que hubiera pasado demasiado tiempo desde el ataque.

Lo asaltó un escalofrío, y se dejó caer hasta agacharse junto a la puerta. Ésta era la peor recurrencia de la malaria que había tenido en meses, y la repentina ráfaga del aire acondicionado le hizo desear tener una manta. Pero si decía lo fuerte que era esta vez, se vería confinado a tareas de oficina en Washington, un destino que temía más que la muerte. Sólo tenía que volver a su cama, tragarse unos medicamentos y aguantarlo un día o dos. La sangre le zumbaba en las sienes como un tambor.

Y la cosa no mejoró cuando oyó la voz de su oficial al mando, el coronel Keener, gritando desde el otro lado del pasillo.

—¿Ha sido cosa suya esta misión, comandante Slater?

—Sí.

—Sí, *señor* —lo corrigió Keener, echando un vistazo a una copia impresa que tenía en la mano—. ¿Y afirmó usted que se trataba de un marine? ¿Una baja de marine?

—Sí —contestó Slater—, señor.

—¿Y es usted consciente de que no somos un servicio de ambulancia? ¿De que desvió usted un Black Hawk de su ruta programada, relacionada con el combate, para abordar un asunto puramente civil? —Su frustración se hacía más evidente a cada palabra que decía—. ¿Acaso no ha leído usted la nota oficial, la que se dio a todo el personal de la base hace sólo dos días?

—Hasta la última palabra.

Slater sabía que su actitud no lo ayudaba, pero le daba lo mismo. A decir verdad, llevaba años sin interesarse por los protocolos, las órdenes y los mandatos. Se había hecho médico para salvar vidas, así de sencillo; se había hecho epidemiólogo para salvar millares de vidas en algunos de los peores lugares del mundo. Pero hoy volvía a intentar salvar sólo una.

Sólo una niña, de orejitas perfectas. Y un padre que, allá en algún lugar de Jan Neshin, sin duda en aquel momento le suplicaba a Alá un milagro... Un milagro que no era probable que se le concediera.

—Sabe usted, desde luego, que tendré que dar parte de este incidente y que ahora el AFIP va a tener que mandar a otro empleado para decidir qué hacer con nuestro problema de malaria —iba diciendo el coronel—. Eso puede tardar días y costarnos vidas norteamericanas. —Pronunció la palabra

norteamericanas de modo que quedara claro que eran lo único que contaba en este mundo—. Considérese fuera de servicio y limitado a la base, doctor, hasta nuevo aviso. Por si no lo sabe, está usted bien jodido.

A Slater no le hacía falta que se lo dijeran. Mientras Keener se quedaba allí echando humo por las orejas y preguntándose qué más amenazas podía lanzarle, el comandante se buscó en el bolsillo los comprimidos de cloroquina que se tomaba cada pocas horas. Intentó tragárselos, pero tenía la boca demasiado seca. Tras pasar rozando al coronel, fue tambaleándose hasta la fuente del agua, se tomó las píldoras y después puso la cabeza bajo el arco de agua fresca. El cuero cabelludo parecía un incendio forestal que por fin estuvieran sofocando.

El cirujano salió del quirófano y, después de mirarlos, fue hasta el coronel y le dijo algo en voz baja al oído. El coronel asintió con un solemne movimiento de cabeza y el cirujano volvió a meterse tras la puerta batiente.

—¿Qué? —preguntó Slater, que estaba presionándose el mojado cuero cabelludo con las puntas de los dedos. El agua le corría por la nuca.

—Parece que ha echado usted a perder su carrera por nada —contestó Keener—. La niña acaba de morir.

Más tarde lo único que Slater recordaba era la expresión del rostro del coronel, aquella expresión que había visto en un centenar de rostros oficiales decididos únicamente a cumplir órdenes, antes de soltarle el puñetazo que lo tiró al suelo. También tenía un vago recuerdo de quedarse mirándolo, tambaleante, mientras Keener yacía allí, aturdido y estupefacto, en el mugriento linóleo verde.

Pero el puñetazo en sí, que debió de ser un directo, era un misterio.

Luego volvió a la fuente y metió de nuevo la cabeza bajo el agua. Si aún le quedaran lágrimas, pensó, estaría derramándolas ahora. Pero no había ninguna. Se le habían secado hacía años.

Desde el otro extremo del pasillo oyó el sonido de voces exaltadas y botas que corrían mientras los policías militares se precipitaban a detenerlo.